

El progreso del Peregrino (IX)

Continuación

Ya en ella, le salieron al encuentro Temeroso y Desconfianza, que retrocedían corriendo: —¿Por qué retrocedéis?—les dijo. —*Caminábamos*—respondió Temeroso—*hacia la ciudad de Sión; ya habíamos superado las dificultades de este collado; pero cuanto más avanzábamos hemos encontrado dificultades mayores; así que nos ha parecido más prudente retroceder y abandonar esta empresa.* —*Dice bien mi compañero*—añadió Desconfianza—; *a poco trecho de aquí hay a los dos lados del camino dos leones; si despiertos o dormidos, no lo sabemos; pero si temíamos, con razón, que si llegábamos a ellos nos harían pedazos.* —*Me infundís miedo*—respondió Cristiano— *con lo que decís; pero, ¿a dónde huiré para tener seguridad? Si vuelvo a mi país, fuego y azufre están preparados contra él, y allí mi perdición es segura; pero si logro llegar a la ciudad celestial estoy ya asegurado para siempre. Ánimo, pues, y adelante; tengamos confianza. Volver es buscar la muerte segura; en el avanzar hay, sí, temor de muerte; pero también la vida eterna en perspectiva; adelante, adelante*—. Y diciendo y haciendo, echó a andar, mientras Temeroso y Desconfianza retrocedían corriendo collado abajo.

Pero el dicho de aquéllos le traía un poco pensativo, y para animarse y consolarse buscó en su seno el rollo. ¡Ay de él! No lo encontró. Grande fue entonces su aflicción e indecisión, pues se hallaba falto de lo que tanto le ayudaba y era su salvoconducto para entrar en la Ciudad Celestial. En tan críticos momentos se acordó de que se había quedado dormido en el cobertizo, e hincando sus rodillas en tierra pidió perdón al Señor y volvió atrás en busca de lo que había perdido. ¡Pobre Cristiano! ¿Quién podrá expresar con palabras su pesadumbre y sentimiento? Unas veces lanzaba tristes suspiros, otras derramaba abundantes lágrimas, y sin cesar se reprendía a sí mismo por la necedad de haberse dejado apoderar del sueño en un lugar que estaba destinado solamente para un pequeño refrigerio y descanso.

Miraba a un lado y otro del camino cuidadosamente, buscando su diploma, hasta que llegó al cobertizo. Allí su dolor se hizo más intenso, y más profunda la llaga de su pesar, a la vista de un sitio que le recordaba una desgracia tan sensible, y le hizo prorrumpir en los siguientes lamentos: “¡Miserable y desgraciado de mí! ¡Dormirme durante el día! ¡Dormirme en medio de tantas dificultades! ¡Condescender así con la carne y darle ese descanso en un sitio destinado solamente para el alivio del espíritu de los peregrinos! ¡Cuántos pasos he dado en vano! ¡Así les sucedió a los israelitas, que por sus pecados se les hizo volver por el camino del Mar Rojo! ¡Triste de mí, que me veo precisado a dar con sentimientos estos pasos, que pudiera haber andado con placer a no haber sido por pecaminoso sueño! ¡Cuán adelantado no estaría yo ahora en mi camino! Me veo precisado a andar tres veces lo que con una me hubiera bastado, siendo lo peor del caso que probablemente me va a sorprender la noche, pues el día está ya casi pereciendo. ¡Cuánto más me hubiera valido haber resistido el ataque del sueño!”

Así, absorto en estos pensamientos, llegó al cobertizo, donde se sentó algunos momentos para dar rienda suelta a sus lágrimas, hasta que por fin quiso la Providencia que mirase debajo del banco donde se había sentado y descubriese su rollo; inmediatamente lo recogió azorado y lo metió en su seno.

Imposible me sería describir la alegría de este hombre al tomar de nuevo posesión de su rollo, que era la garantía de su vida y el pase para el puerto que suspiraba. Lo metió cuidadosamente en su seno, dio gracias al Señor, que le hizo dirigir sus miradas al sitio donde lo había perdido, y, llorando de alegría, emprendió de nuevo su marcha.

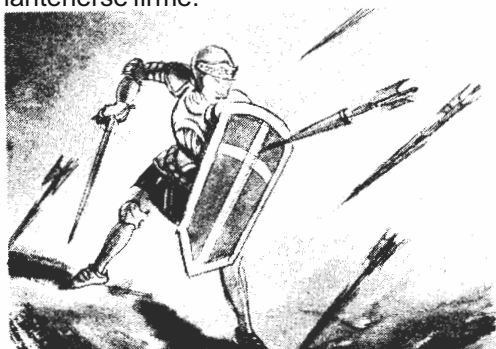
Muy ligero y muy alegre andaba, pero no tanto que no se le pusiese el sol antes de llegar a la cima. ¡Oh sueño funesto! —decía en medio de su dolor—; tú has sido la causa de que tenga ahora que hacer mi jornada de noche; el sol ya no me alumbrá; mis pies no sabrán ya el camino por dónde dirigirse y mis oídos no percibirán más que el rugido de los animales nocturnos. ¡Ay de mí! Los

Cristiano lucha con Apolión



1. Así Cristiano se despidió y diciendo: al Valle de la Humillación, donde divisó a un enemigo maligno, Apolión, que venía a su encuentro. Tenía miedo pero resolvió mantenerse firme.

2. Apolión echaba fuego y humo de su boca al decirle a Cristiano: "Tú eres uno de mis súbditos pues has huido de tu rey." ¡Pero yo me he entregado al Rey de reyes!" respondió Cristiano.



3. Apolión prorrumpió en voces diciendo: "¡Prepárate para morir!" Con éste arrojó un dardo al pecho de Cristiano, pero Cristiano lo detuvo con el escudo que tenía en el brazo.



4. Los dardos de Apolión volaban tan espesos como el granizo e hirieron a Cristiano. Luego Apolión, luchando con él cuerpo a cuerpo, lo tiró al suelo con mucha violencia.



5. La espada de Cristiano se cayó de su mano. Entonces Apolión le apretó de tal manera que empezó a desesperar por su vida. Pero cuando Apolión estaba para descargar su último golpe, Cristiano alargó su mano hacia su espada.



6. La tomó ligeramente, y le dio una estocada de muerte que le hizo retroceder como herido mortalmente. Cristiano, notando esto le acometió de nuevo.



7. "En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquél que nos amó," gritó Cristiano. Y con ésto Apolión abrió sus alas de dragón y huyó.



8. La pelea se había terminado. Cristiano alzó su vista. "Aquí daré gracias a Aquel que me ayudó contra Apolión," dijo. Entonces se le presentó una mano con unas hojas del árbol de la vida, las cuales Cristiano aplicó a sus heridas y al instante quedó curado. Allí también encontró comida y bebida.

leones que Temeroso y Desconfianza vieron en el camino, precisamente de noche van en busca de su presa; si en la oscuridad doy con ellos, ¿quién me salvará de sus garras?

Tan lúgubres eran sus pensamientos mientras caminaba, cuando, levantando su vista, vio cerca un palacio magnífico, llamado Hermoso, que estaba situado frente al camino.

CAPÍTULO VIII

Cristiano pasa a salvo entre los dos leones, y llega al palacio llamado Hermoso, donde le admiten con afabilidad y le tratan con atención y cariño.

A la vista del palacio, Cristiano apresuró su marcha, esperando encontrar en él alojamiento. Pero antes de llegar tropezó con un desfiladero, distante nada más que unos cien pasos del palacio, y a cuyos dos lados vio dos terribles leones. —*Este es, sin duda, el peligro*—dijo para sí—*que ha hecho retroceder a Temeroso y Desconfianza.* (Ni aquellos ni él habían visto que los leones estaban atados con cadenas.) *Yo, pues, también debo retroceder, porque veo que no me espera más que la muerte.* —Pero en este momento, observando el portero del palacio, cuyo nombre era Vigilante, la indecisión y peligro de Cristiano, le gritó: —*¿Tan pocas fuerzas tienes? No tengas miedo a los leones, pues están encadenados y puestos ahí solamente para prueba de la fe en unos y descubrimiento de la falta de ella en otros; sigue, pues, por medio del camino, y ningún daño te sobrevendrá.*

Entonces Cristiano pasó, aunque lleno de temor a los leones; siguió cuidadosamente las instrucciones de Vigilante, y oyó, sí, los rugidos de aquellas fieras, pero ningún daño recibió. Batió palmas, y en cuatro saltos llegó a la portería del palacio, y preguntó a Vigilante:

CRIST. —¿De quién es este palacio? ¿Me será permitido pasar en él la noche?

PORTERO. —Este palacio pertenece al Señor del Collado, y ha sido construido para servir de descanso y seguridad a los viajeros. Y tú, ¿de dónde vienes? ¿Y a dónde vas?

CRIST. —Vengo de la ciudad de Destrucción y me dirijo al Monte Sión; pero la noche me ha sorprendido en el camino y desearía, si en ello no hubiese inconveniente, pasarla aquí.

PORT. —¿Cuál es tu nombre?

CRIST. —Ahora me llamo Cristiano; mi nombre anterior era Singracia. Desciendo de la raza de Japhet, a la cual Dios persuadirá a morar en los tabernáculos de Seiri.

PORT. —¿Cómo has llegado tan tarde? El sol se ha puesto ya.

CRIST. —He tenido dos grandes desgracias. Primeramente me dejé rendir del sueño en el banco de la cuesta del Collado; y como si con esto no hubiese perdido bastante tiempo, durmiendo se me cayó el rollo, cuya falta no noté hasta que estaba en la cima, por cuya razón tuve que volver atrás, y gracias al Señor, lo encontré. Estas han sido las causas de mi tardanza.

PORT. —Bien está. Voy a llamar a una de las vírgenes para que hable contigo, y si le parece bien tu conversación, entonces te introducirá al resto de la familia, según las reglas de esta casa.

Hizo, pues, sonar una campanilla, a cuyo eco acudió una doncella, dotada de compostura y hermosura, cuyo nombre era Discreción, la cual preguntó la causa por que la habían llamado.

PORT. —Este hombre es un peregrino, que va desde la ciudad de Destrucción al Monte Sión; la noche le ha cogido en el camino, y está además muy fatigado; pregunta si se le podrá dar hospedaje aquí.

Entonces Discreción le interrogó sobre su viaje y los sucesos que en él habían tenido lugar, y habiendo obtenido respuestas satisfactorias a todo, prosiguió preguntando:

DISCRECIÓN. —¿Cómo te llamas?

CRIST. —Mi nombre es Cristiano; y sabiendo que este edificio ha sido precisamente levantado para seguridad y albergue de los peregrinos, quisiera me admitieseis en él a pasar la noche.

Continuará